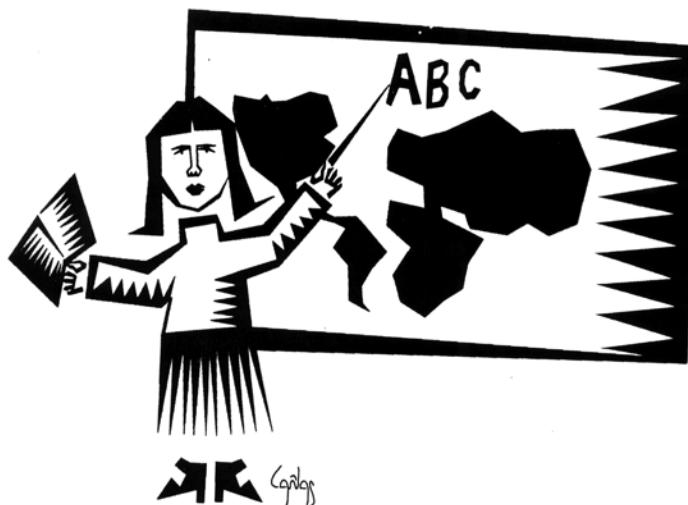


Presencia de la escuela en la literatura

Artículos
arbitrados

Presence of the school in literature

María Esther Álvarez Márquez
ganeshaesther@gmail.com



Universidad de los Andes. Escuela de Educación
Mérida estado Mérida. Venezuela

Artículo recibido: 06/05/2013
Aceptado para publicación: 25/07/2013

Resumen

Este artículo comprende una recopilación de diversos textos literarios escritos por reconocidos autores de América Latina y el Caribe, donde las vivencias escolares figuran como tema principal. Este esfuerzo investigativo de corte documental, intenta ofrecer —a través de lecturas frescas— una mirada, tal vez distinta, sobre la vida escolar; por lo menos distinta a la ofrecida por los libros de pedagogía. El mismo puede abrir el camino para la discusión y reflexión sobre las relaciones y dinámicas que en la escuela se experimentan. Pretende ser una provocación para la lectura, el diálogo, el intercambio y la crítica. Igualmente, esta compilación se perfila como una invitación para continuar la búsqueda, no sólo de otros textos literarios sino también de otras expresiones artísticas donde la escuela sea la protagonista.

Palabras clave: escuela, literatura, América Latina.

Abstract

This article compiles various literary texts written by renowned authors from Latin America and the Caribbean, and where experiences at school are the main topic. This documentary-based research aims at offering an alternative and perhaps a different look about school life, through the use of uncomplicated readings. This study also seeks to discuss and reflect on the relationships and dynamics found at school. Reading, dialogues, interchange, and criticism are explored and intended for discussion. Finally, this study invites to keep on searching literary texts as well as artistic expressions where the school is the center of attention.

Keywords: School, Literature, Latin America.

Introducción

La literatura representa, sin duda, el puente que permite conectar el mundo real con el mundo ficticio. Representa la posibilidad de experimentar lo fantástico mientras nos dejamos seducir por el encanto de la palabra. La literatura no sólo crea mundos nuevos, mundos fascinantes, sino que también recrea la vida del hombre. Su cotidianidad. Su realidad. Sus experiencias. Sus acciones y contradicciones. Sus encuentros y desencuentros. Sus visiones y sus tensiones. Y crea y recrea una atmósfera de símbolos, de colores, de música, de sabores exóticos, auténticos, únicos; que busca ofrecer, al lector, placer y disfrute. Invita a pensar en el sentido de nuestra existencia. Pensar en el mundo. En el otro. Desata la risa. Aflora la crítica, la ironía, la reflexión. Abre el camino para otras miradas. Propicia la satisfacción o la insatisfacción, el sosiego o el desasosiego. La angustia. El estremecimiento.

De allí que en el seno del arte literario se abordan temas tan disímiles, ilimitados. En esta oportunidad, nos acercaremos a la escuela —a las vivencias escolares— de la mano con la literatura. Este artículo nace de un trabajo de investigación nunca acabado, denominado “*La escuela en la literatura de América latina y el Caribe (recopilación de textos)*”, el cual comprende un repertorio de diversos textos literarios escritos por reconocidos autores de nuestra región, donde la escuela es la principal protagonista. Este esfuerzo investigativo de corte documental intenta *dar de leer*. A su vez, persigue ofrecer —a través de lecturas frescas y hermosas— una mirada, tal vez distinta de la Escuela. Distinta, por lo menos, a la que brindan los libros de pedagogía o de ciencias de la educación. Es una selección que puede servir para la discusión y reflexión sobre la cultura escolar, sobre las relaciones y dinámicas que en la escuela se experimentan.

Los textos presentados pueden también despertar la evocación de pasadas vivencias y situaciones de nuestra vida escolar. Los maestros y maestras. Compañeros de clases. Las alianzas y las rivalidades. Los apodos. Las bromas. El recreo. Esas clases soporíferas o aquellas interesantes e inspiradoras. Las sanciones. Los castigos. Los triunfos. El olor de los cuadernos nuevos y a los lápices recién afilados. Los aterradores exámenes. Los boletines. El enamoramiento. La primera carta de amor. El primer beso.

Este paso inspirado valdría, tal vez, como una propuesta para abonar el camino inagotable pero siempre gratificante de la *Compilación* puesto que las obras literarias que se exhiben no son todas, no son las únicas, apenas una pequeña pero significativa representación. O, por lo menos, se espera... El trabajo de investigación nació de una conmoción, de la maravillosa experiencia de leer el libro denominado: *La vida en las aulas: memoria de la escuela en la literatura*, del español Lomas, Carlos (2002). Este es un apasionante libro donde se escuchan las risas y los gritos de los niños en el recreo. Donde se contemplan los humanos ojos de una maestra. Donde siempre era un placer ir a la escuela por el simple hecho de que el maestro Bernard “*amaba apasionadamente su trabajo*”, maestro siempre recordado por Albert Camus, alumno eternamente agradecido. O donde realmente era un sacrificio asistir a las clases aburridas y sombrías de aquel profesor de literatura, de “*cara avinagrada*”, presentado por Antonio Muñoz Molina, en el texto *La disciplina de la imaginación*.

La vida en las aulas: memoria de la escuela en la literatura, es un compendio de textos narrativos y poéticos sobre el mundo de la escuela. Allí se pueden hallar obras de: José Saramago, Albert Camus, Federico García Lorca, Antonio Machado, Rafael Alberti, Azorín, Luis Cernuda, Roald Dahl, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Gianni Rodari, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo, Ramón Pérez de Ayala. La selección comprende, casi en su totalidad, obras escritas por autores europeos, fundamentalmente españoles. Son pocos los latinoamericanos presentes en esta obra, realmente, muy escasos. Por lo que, leyendo este repertorio literario —y en medio de la fascinación— me asaltaban las preguntas: ¿Por qué pocos latinoamericanos? ¿Se puede intentar hacer una recopilación similar, adaptándola a nuestra región, tomando en cuenta a autores de América Latina y el Caribe? ¿Se han escrito suficientes textos literarios sobre la escuela para armar un cuerpo más o menos aceptable? Y comenzó la búsqueda. Entre la búsqueda intencionada —planificada— y el azar muchas veces oportuno, me vi envuelta de repente, en una amplia y muy rica creación literaria con olores, ritmos y sabores propios de nuestra tierra. Y continúa la búsqueda...

1. Pensando la escuela de la mano con la literatura

¿Qué es la escuela? ¿Qué significa para nosotros? ¿Nos gustaba la escuela? ¿Qué recuerdos tenemos de ella? ¿Agradables o desagradables? ¿Qué aprendimos en ella? ¿Recordamos a nuestros maestros? ¿Recordamos a nuestros compañeros de clases? ¿Cómo los recordamos? Obviamente las respuestas que le demos a estas y otras preguntas dependerán —claro— de las experiencias escolares de cada uno de nosotros.

A muchos niños y jóvenes les encanta ir a la escuela. Se entusiasman al entrar al aula, escuchar al maestro, estar junto a sus compañeros aprendiendo algo nuevo. Conversar, jugar y divertirse juntos. Les gusta porque —segura-

mente— son escuelas atractivas. Escuelas donde hay docentes motivadores, entusiastas, comprensivos, humanos. Algunas escuelas resultan ser, en ocasiones, puntos de fuga, de escape a una vivencia familiar nada agradable o angustiante para los niños. La escuela, en estos casos, se muestra como una especie de oasis para respirar, para vivir, para compartir, para ser feliz. Niños que encuentran en el maestro o la maestra una figura paternal o maternal, tal vez ausente en el núcleo familiar.

No me duele mi pie, me da calor el yeso, pero no me duele. Pero quisiera estar en la escuela para no sentirme sola.

La maestra trae todas las semanas las actividades para que yo trabaje con mamá, y mamá, cuando viene de su trabajo, pasa mucho rato conmigo haciendo las tareas y leyendo, pero... Me gustaría estar en el salón con mis amiguitas y jugar en el patio del recreo y salir al parque y... sólo quiero llorar aquí, donde todo parece tan aburrido.

La vida secreta de abuela margarita
Antillano, Laura (Venezuela)

Otros niños y jóvenes, en cambio, encuentran la escuela como un lugar desagradable, aburrido, tedioso, soporífero. Un lugar donde hay un maestro que habla incansablemente cosas sin sentido, sin trascendencia. Un lugar donde hay que aprender de memoria —tal como lo dice el libro o el maestro— fechas, hechos, fórmulas y verbos con el único propósito de depositarlo fielmente en el examen. La escuela, para algunos, es el recinto para el castigo, para la vejación, para la sanción, para la reprobación, para la descalificación. La escuela, en este sentido, se convierte en la cercenadora de la creatividad, de la vitalidad, de las ilusiones y de los sueños infantiles y juveniles.

La escuela, en cambio, debería ser un espacio para el encuentro para la tolerancia, para la propuesta, para la acción, para la reflexión, para el intercambio productivo—crítico, para el trabajo en equipo, para el verbo bonito y comprensivo. Ese verbo que labra caminos. Es esa vida dentro del espacio escolar la que buscaba, seguramente, aquel hablante lírico cuando esperaba que el caballo “*que era bien bonito*” estuviera mirando a la escuela para entrar a ella, al lado de su hermana Elba “*a través de los ojos del caballo*”.

Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines. Todos estábamos muy contentos con esa costumbre del caballo; y el caballo también porque como se alimentaba de jardines, cuando uno le miraba los ojos las cosas se veían de todos los colores en los ojos del caballo. Al caballo también le gustaba mirarlo a uno con sus ojos de colores, y lo mejor del asunto es que en los ojos de ese caballo que comía jardines, se veían todas las cosas que el caballo veía, pero claro que más bonitas, porque se veían como si tuvieran siete años. Yo a veces esperaba que el caballo estuviera viendo para donde estaba mi escuela. Él entendía la cosa y veía para allá, y entonces mi hermana Elba y yo nos íbamos para la escuela través de los ojos del caballo.

La historia de un caballo que era bien bonito
Naoza, Aquiles (Venezuela)

Pero, ¿qué se supone que entendía el caballo? ¿Será que el caballito que comía jardines sabía que la escuela no era precisamente bonita como él? ¿Que no tenía colores o que su color era gris? Una escuela carente de colores vivos y vistosos como las vivencias de los niños cuando se mojan bajo la lluvia. Cuando van a las prácticas de beisbol. Cuando se bañan en la playa o en el río. Cuando comen mango. Cuando vuelan papagayos o saltan la cuerda.

Pero, en el pueblo del niño Juan Guillermo Mantilla no había un caballo bien bonito que se alimentara de jardines. Juan Guillermo no quería ir a la escuela porque el fin de semana no había hecho las tareas de matemáticas. Apé, entonces, a la concentración, frunciendo las cejas, como lo hacía el mentalista con turbante que aparecía en la televisión; para que ese lunes algo ocurriera. Cerraba los ojos y se repetía una y otra vez: “*Sortilegio para que no haya colegio*”. Y así como los ojos del caballo que comía jardines eran efectivos, pues —al parecer— el *sortilegio* también lo fue, ya que ese día... ese día... ese día no hubo colegio:

Por fin llegó a Cuarto “B”. A primera hora, matemáticas, le recordó el horario que estaba pegado afuera, y él no había hecho la tarea, ya sabemos por qué. Juan Guillermo pegó la oreja a la puerta para tratar de oír en qué iba la clase. El corazón le latía durísimo. Del resto, no se oía nada. Silencio absoluto. El estómago se le enredó del todo, en un nudo ciego. El silencio era síntoma de lo peor y lo peor era previa sorpresa. Y cero seguro para él.

Con toda la valentía que alcanzó a reunir en su cuerpo, Juan Guillermo Mantilla cerró los ojos, cruzó los dedos, recitó el famoso “*Sortilegio para que no haya colegio*” y se obligó a entrar a clase, de un empujón... Abrió la puerta y fue como si hubiera dado un salto al vacío. Adentro no había clase. No había profesor ni alumnos. Ni tablero, ni pupitres, ni armario, ni carteleras, ni techo, ni piso, ni paredes. Así como suena: *no había clase*. Detrás de la puerta, nada de nada. Cero absoluto, conjunto vacío. Todo un lunes por delante. ¡Todo un lunes, entero y nuevecito, y no había clase!

El día en que no hubo clase
Reyes, Yolanda (Colombia)

Cuando se trata de la academia algunos niños, sobre todo los jóvenes, se aventuran a apelar los de poderes mágicos —hacer ejercicios de concentración, como Juan Guillermo, o rogarle a todos los santos— para que el profesor se enferme, para que la clase termine rápido, para que no hagan el examen, para que suspendan la clase por lluvia, por sequía, por frío o por calor.

Sin duda, la escuela cumple diversas funciones dentro de la sociedad. El fomento del desarrollo de la socialización de las nuevas generaciones, se presenta como la principal de las funciones de la escuela, y —como señala Pumares Puertas, Luis en su texto *Los mitos de la escuela* (2005)— tal vez las otras funciones se derivan de esta; ya que en la escuela se interiorizan los valores, las reglas, normas, costumbres y tradiciones de la sociedad; garantizando la reproducción social como necesidad imperiosa para la conservación de un grupo social determinado. Es la en-

cargada de preparar a los niños y a los jóvenes para el futuro mundo laboral. Promueve el ascenso social. Estimula a los niños y a los jóvenes a perfilarse hacia los posibles campos laborales-profesionales. Además la escuela, como lo señala el referido autor, tiene una función asistencial, puesto que “proporciona actividades diversas además de seguridad y control de los pequeños: Comedores escolares, actividades extraescolares... programas... que ofrecen desayuno y cubren el horario de acceso al trabajo de padres y madres...” (*ob.cit.*, p. 456).

En la escuela debe vivirse un proceso educativo auténtico para el re-encuentro con nosotros mismos y con el otro. El otro que merece respeto. El otro que, en esencia, me construye, me hace ser. Hay que comenzar a pensar la vida junto al otro, con el otro, desde el otro, por el otro, para el otro. De allí que Zemelman y Quintar (2005), proyectan la escuela como un espacio para la recuperación de la memoria histórica. Esa historia históricamente negada y sesgada; nace, entonces, la urgencia de rescatarla y re-escribirla porque en ese intento nos rescatamos y nos re-escribimos a nosotros mismos y a nuestra comunidad.

No debemos olvidar que el hombre no es un ser aislado. Necesita al otro para construirse, para formarse. Yo me construyo junto al otro; mientras que el otro se construye junto a mí. Savater (2006) afirma que “*Nadie se hace humano solo. Sólo el contacto, el contagio de otros seres humanos, nos hace humanos*” (p. 2). De allí que se sostenga que la Educación es un proceso humano. Nos educamos junto al otro. Junto a los demás. Bien lo decía Freire (1970) “*nadie educa a nadie... nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan en comunión, mediatizados por el mundo*” (p. 90).

Ya se dijo anteriormente, la escuela es el recinto para la socialización, para las relaciones. Es nuestra entrada al mundo después del hogar. Se puede decir, que entramos a la vida social por la puerta de la escuela. En la escuela se imponen las pautas, normas. Se experimentan los primeros triunfos y/o fracasos. Se comienza la lucha por la figuración, por sobresalir, por ser mejor que el otro. Comienza la competencia. Las comparaciones: “*el bueno y el malo*”, “*el disciplinado y el indisciplinado*”, “*el responsable y el irresponsable*”, “*el mala conducta y el obediente*”.

Los niños, cuando no han pisado todavía la escuela, suelen ser criaturas llenas de una energía sin igual. Son seres llenos de colorido. Son seres desbordantes de imaginación, curiosidad y asombro. Se sienten fascinados por el mundo que los rodea. Los niños a muy temprana edad son capaces de —con una alegría indescriptible— dibujar exóticas figuras sobre un amplio lienzo de arena. Se asombran con el simple tacto. Niños filósofos, preguntones e inquisidores capaces de inquietar a un adulto con sus complejas preguntas. Una sencilla ramita de árbol puede convertirse en una espada, un caballo, un telescopio, una culebra, un avión, un camión, un soldado, un submarino, un tiburón. Ante tanto derroche de creatividad, nos preguntamos: ¿Qué pasó con aquel manantial pródigo de fantasías, de emociones, de inventiva, de vitalidad? ¿Qué pasó con

nuestras constantes y desestabilizadoras preguntas infantiles? De golpe entramos a la escuela donde lo único que parece escucharse es la voz del maestro, diciendo: *Cállate. Dime tú. Siéntate. Levántate. Pórtate bien. Copia. Escribe. No copien. Escuchen. Hablen. Silencio.* ¿Se evidencia esta situación, acaso, en el poema *El Caballo*, de Jairo Aníbal Niño, presentado por Turner Martí, Lidia y Pita Céspedes, Balbina (2001, p. 29)? Veamos:

-¿Qué tiene en el bolsillo?
Un Caballo.

-No es posible... ¡Niña tonta!
Tengo un caballo
que come hojas de menta y bebe café.
-¡Embustera! Tiene “0” en conducta.

Posee unos ojos color de melón
y una larga cola
que termina en flor.
-¡Tiene “0” en dibujo!
Mi caballo me ha dado
mil alegrías,
ochenta nubes, un caracol,
un mapa, un barco, tres marineros,
dos mariposas y una ilusión.
-¡Tiene “0” en aritmética!

El caballo (fragmentos)
Niño, Jairo Aníbal (Colombia)

Una canción, una dinámica que se repite una y otra vez a lo largo de todos nuestros años escolares. Una canción, una dinámica que va erosionando, poco a poco, nuestras preguntas, nuestra imaginación. Nuestra capacidad reflexiva. Nuestra ganas de saber, de conocer ese mundo que en nuestros tiempos primeros nos asombraba y nos maravillaba. En la escuela —muchas veces—, la alegría se eclipsa. La filosofía natural palidece. La vitalidad se disipa. La creatividad se evapora. Convirtiéndonos en seres silentes. Transformándonos en seres grises.

Qué lástima y qué pena
que usted no vea
al caballo que tengo
dentro de mi bolsillo.

Y la niña sacó el
caballo del bolsillo de su delantal,
montó en él
y se fue volando...

El caballo (fragmentos)
Niño, Jairo Aníbal (Colombia)

Pero también en la escuela se conocen los primeros amigos. Comienzan las alianzas, los pactos, la consolidación de grupos. El encuentro y el desencuentro. Sí, surgen los amigos, pero también los enemigos. Nacen los enfrentamientos, los liderazgos y la sumisión. Aparecen el triunfo y la derrota.

Lu esperó que decayera un poco la excitación. Luego, levantando su voz sobre las protestas dispersas:

-¿Ferrufino nos va a ganar? —preguntó a gritos; su puño colérico amenazaba a los alumnos—. ¿Nos va a ganar? ¡Respóndanme!

—¡No! —prorrumpieron quinientos o más—. ¡No!
¡No!

Estremecido por el esfuerzo que le imponían sus chillidos, Lu se balanceaba victorioso sobre la baranda.

—Que nadie entre al colegio hasta que aparezcan los horarios de exámenes. Es justo. Tenemos derecho. Y tampoco dejaremos entrar a la Primaria.

.....
—Advertan a los de Primaria que no hay clases a la tarde -dije- Pueden irse ahora. Quédense los de quinto y los de cuarto para rodear el colegio.

Los jefes

Vargas Llosa, Mario (Perú)

Nuestros recuerdos escolares están cargados de aventuras, de travesuras y atrevimientos. Travesuras que van de gasarle una broma a un amigo. De poner colitas de burro a un compañero. Lanzar bolitas de papel o trozos de tiza. Dejar salir un sapo enorme del morral para provocar los gritos, los sobresaltos, los sustos y las carreras intempestivas de las niñas y las carcajadas estridentes de los niños.

Combatíamos, a veces, en el gran galpón cerrado, con bellotas de encina. Nadie que no la haya recibido sabe lo que duele un bellotazo. Antes de llegar al liceo nos llenábamos los bolsillos de armamentos. Yo tenía escasa capacidad, ninguna fuerza y poca astucia. Siempre llevaba la peor parte. Mientras me entretenía observando lo maravillosa bellota, verde y pulida, con su caperuza rugosa y gris, mientras trataba torpemente de fabricarme con ella una de esas pipas que luego me arrebatában, ya me había caído un diluvio de bellotazos en la cabeza. Cuando estaba en el segundo año se me ocurrió llevar un sombrero impermeable de color verde vivo. Este sombrero pertenecía a mi padre; como su manta de castilla, sus faroles de señales verdes y rojas que estaban cargados de fascinación para mí y apenas podía los llevaba al colegio para pavonearme con ellos... Esta vez llovía implacablemente y nada más formidable que el sombrero de hule verde que parecía un loro. Apenas llegué al galpón en que corrían como locos trescientos forajidos, mi sombrero voló como un loro. Yo lo perseguía y cuando lo iba a cazar volaba de nuevo entre los aullidos más ensordecedores que escuché jamás. Nunca lo volví a ver.

Confieso que he vivido

Neruda, Pablo (Chile)

Nunca en nuestra época escolar faltaron los apodos al maestro, a los compañeros de clase, a los directores. Sobrenombres iban. Sobrenombres venían: por listo, por tonto, por gordo, por flaco, por usar lentes, por los dientes, por la boca, por lo que dices, por lo que no dices, por los zapatos, por el pelo liso o por el pelo rizado, por el pelo corto o por el pelo largo, por tu nombre o por tu apellido... cualquier cosa era la excusa perfecta para sellar a alguien —muchas veces, para siempre— con un *alias* escolar.

Además por qué te enojas, hermanito, era un apodo como cualquier otro y por último ¿al cojito Pérez no le dices tú Cojinoba y al bizco Rodríguez Virolo

o Mirada Fatal y Pico de Oro al tartamudo Rivera? ¿Y no le decían a él Choto y a él Chingolo y a él Mañuco y a él Lalo? No te enojas, hermanón, sigue jugando, anda, te toca.

Poco a poco fue resignándose a su apodo y en Sexto año ya no lloraba ni se ponía matón, se hacía el desentendido y a veces hasta bromeaba, Pichulita no ¡Pichulaza ja ja!, y en Primero de Media se había acostumbrado tanto que, más bien, cuando le decían Cuéllar se ponía serio y miraba con desconfianza, como dudando, ¿no sería burla? Hasta estiraba la mano a los nuevos amigos diciendo mucho gusto, Pichula Cuéllar a tus órdenes.

Los cachorros. (Fragmentos)

Vargas Llosa, Mario (Perú)

La escuela representa recuerdos y añoranzas. Representa sabores, colores y texturas infinitas. Pensar en la escuela es sentir el olor a cuadernos nuevos y a lápices recién afilados. Pensar en la escuela es recordar las tablas de los pupitres y ver nombres, formulas y corazones flechados. Pensar en la escuela es hacer referencia a los boletines, a las materias aprobadas y reprobadas, a las citaciones al representante. Pensar en la escuela es pensar en nuestros compañeros de clases. Pensar en aquellos apodos y en las tantas bromas infantiles y juveniles. Pensar en la escuela es pensar en aquellos recreos. ¿Quién puede olvidar aquel estallido, aquel estruendo producido por los niños y las niñas al escuchar el timbre de la escuela? Luego, la estampida, las carreras desesperadas para ir al baño, a la cantina o a la señora que vende la pulpa de tamarindo o las olorosas ciruelas, en la puerta del recinto escolar.

En los recreos, muchas veces, y de repente, se escuchaba el alboroto. Unos puños que se enfrentan. Los curiosos o los alentadores que rodean, que aplauden, que vociferan: “*Dale, dale, dale...*” Una nariz rota. El llanto de un niño. Uniformes ensangrentados. Los maestros corren desesperados a separar a los boxeadores, a dispersar al grupo... Todo se terminó. Los implicados a la Dirección.

Monseñor Martínez, arzobispo de México, decretó un día de oración y penitencia contra el avance del comunismo. No olvido aquella mañana: en el recreo le mostraba a Jim uno de mis Pequeños Grandes Libros, novelas ilustradas que en el extremo superior de la página tenían cinito (las figuras parecían moverse si uno dejaba correr las hojas con el dedo pulgar), cuando Rosales, que nunca antes se había metido conmigo, gritó: Hey, miren, esos dos son putos. Vamos a darles pamba a los putos. Me le fui encima a golpes. Pásame a tu madre, pinche buey, y verás qué tan puto, indio pendejo. El profesor nos separó. Yo con un labio roto, él con sangre de la nariz que le manchaba la camisa.

Las batallas en el desierto

Pacheco, José Emilio (México)

Los recreos también servían para aprovechar de mandar con un amigo o amiga —cómplice siempre fiel— la carta de amor a la niña bonita de trenzas largas. La primera carta de amor que se escribe. La primera carta de amor que se recibe. Y es que en la escuela —frecuentemente— surgen

los primeros amores, la primera atracción. La primera mirada. Surge el primer beso. Nos enamoramos del compañero o de la compañerita de la clase. Frecuentemente, nos enamoramos de la maestra o del maestro.

La otra señorita tenía pecas y fumaba.

El lunes siguiente se encargó de la escuela. El mismo día que encontré mi perdida pizarra.

Yo no la oía. Pensaba en mi otra maestra. Veía su cabello de oro viejo, sus ojos llorosos, sus labios de frambuesa.

Tal vez fue esto lo que me impulsó a escribir en mi pizarra: Señorita: yo la quiero mucho. Lo hice con letra grande, redonda, y firme al pie.

Repentinamente una pregunta flotó en la sala. Yo no la oí. No hubiera oído nada, a no ser por el codo de un compañero de pupitre que me hizo volver en mí. La señorita me miraba ahora, esperando en mi respuesta. No contesté. Ella se acercó y me quitó la pizarra de las manos. Recuerdo que era lunes y que hacía mucho calor y que el sol danzaba en el patio, como un conejo rubio.

Yo mismo llevé la nota a mi casa. En ella se decía la causa de mi expulsión de la escuela rural.

Pasé muchos días apenado, vagando solitario por las riberas del río vecino. Y recuerdo, también, que me agarré a trompicones con más de un discípulo que me llamó «picaflor de alero».

Un día cualquiera me enviaron a una escuela de la ciudad.

Pero nunca llegué a referir que lo escrito había sido para mi otra maestra: la del pañuelo blanco, la del cabello de oro viejo, y labios de frambuesa. La del primer beso.

La otra señorita

Guaramato, Oscar (Venezuela)

Nos enamoramos del maestro que sabe mirar, del que habla de estrellas y de mares repletos de ballenas de colores de fiesta. Maestros que llevan a pasear por desiertos, selvas y montañas sin visa, sin pasaporte ni maletas pesadas. Nos enamoramos de ese maestro que cuando abre la ventana del aula, entra el mundo con los ojos bien abiertos. Entran cardenales, turpiales y cristofués. Entra el arcoíris oliendo a tierra mojada. Entran los sabores de la guayaba y de la miel. Entra la maravilla toda. La magia del mundo entra. El espectáculo de la naturaleza. Y es que los maestros son una especie de ángeles, de magos, de seres encantados.

Mi maestra es un Hada
que canta y baila
en el bosque del aula.
Nosotros, sus alumnos,
somos árboles, flores
pájaros
cantos
risas
sueños...

Mi maestra es un hada

Montilla Santiago, Giordelys (Venezuela)

Pero así como hemos tenido maestros que te regalan el mundo a través de las palabras, de la escritura y la lectura placentera, que desbordan de humanidad; también es cierto que hemos tenido maestros que te arrebatan los sueños y la alegría. Que rebosan de insensibilidad y de poca identificación con su tarea formadora. Maestros que siembran el terror:

Los cursos de Primaria los hice en el Deutsche Schule (Colegio Alemán) de Montevideo, donde los maestros germanos eran severísimos, casi brutales, con nosotros pobres indefensos. Tanto temor nos inspiraban que nos veíamos forzados a realizar arriesgadas piruetas en los trapecios. Es cierto que abajo había un colchón de seguridad, pero nadie quería probarlo, debido a que una vez uno de los gimnastas se vino abajo y como cayó infortunadamente fuera del colchón, se fracturó una pierna. Más que miedo era pánico lo que nos mantenía allá arriba, casi volando.

La pasión deportiva. (Fragmento)

Benedetti, Mario (Uruguay)

El maestro consciente o no, tiene bajo su responsabilidad la construcción de una sociedad. Al formar al hombre, se cimienta una sociedad, se construye patria. La educación, ya lo decía Prieto Figueroa (1976) “es una función política y la más política de las actividades del hombre, porque por medio de ella se forja la nación, se orienta el provenir y se impulsa el progreso de los pueblos” (p. 57).

¡Alineados!

Cantemos

el nuevo abecedario:

A: la Madre;

B: el Maestro de escuela.

La Madre es el primero

y el Maestro el Segundo Ciudadano de la Tierra.

Coro de los jardines de la infancia

Blanco, Andrés Eloy (Venezuela)

Es la docencia la más noble o la más terrible de las profesiones. El docente decide cuál camino tomar: el de forjador o el de aniquilador de personalidades; el de ventana al mundo o el de muro infranqueable. El docente no mata al niño físicamente, no mata su cuerpo; peor aún, aniquila su espíritu, su creatividad, su capacidad de decidir.

Maestra, ¿Será que yo voy a ser como Pedro? ¿Y, usted, como su maestra, que nunca vieron nada bueno en él y él nunca vio nada bueno en la escuela?

Maestra, no quiero aprender la “P”

Velásquez, Consuelo Jasmín (Venezuela)

El docente, el auténtico docente, asume la docencia como una opción liberadora y comprometida; entendiéndose a sí mismo como el constructor de hombres y mujeres. Desde que el niño sale del útero familiar, nace al mundo social en los brazos del maestro. Él los forja, los lleva por el camino del saber, de la búsqueda permanente, de la inconformidad, de la crítica, del ímpetu, de la toma de decisiones.

Llevemos canastos
con frutas maduras como el día
al Maestro de escuela.
Mañana
le llevaremos nuestros hijos verdes
para que los madure en sus rodillas.

Coro de guías
Blanco, Andrés Eloy (Venezuela)

El verdadero maestro es un lector apasionado y contagia el gusto por la lectura. El verdadero maestro se deja impresionar por las dudas, por las preguntas del otro, que es ese niño, ese filósofo, curioso permanente, investigador incansable. El maestro verdadero mira con ojos nobles, no con rencores. Enseña el camino hacia la libertad. No fomenta la mediocridad. Su bandera es la humildad, no la vanidad. Siembra la autoformación, no la frustración.

Vmd., maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá seguido V. mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por Vmd. mismo! Vmd. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que V. me señaló. Vmd. fue mi piloto aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede V. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que V. me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que V. me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.

Carta de Simón Bolívar para el maestro Simón Rodríguez

Pativilca, 19 de enero de 1824

Nuestro Simón Rodríguez —el *Robinson* Venezolano, el *Sócrates de Caracas*— fue un enamorado de la vida, del trabajo, de la tierra, de la lectura, de la educación. Dio su vida por la educación de los pueblos: único camino hacia la auténtica libertad. Como lo refiere Pérez Esclarín (s.f.), el maestro Simón Rodríguez “no había nacido árbol para echar raíces. Él era viento” (p. 40). Así como Simón Rodríguez, el maestro no puede anclarse en un sólo sitio. Una sola mirada. Una sola lectura. El mismo libro. La misma evaluación o la misma forma de evaluación. El maestro debe ser viento. Debe ser un viajero incansable. Un caminante de la historia. Tocar a la gente en el rostro y en el corazón, como el viento, como la suave brisa. No ser conformista. Romper barreras, los muros y las piedras de la ignorancia. Ser viento para refrescar conciencias, avivando fuegos creativos, fuegos ansiosos de saber.

¿No te das cuenta
de que has querido combatir
la ignorancia
con la instrucción
y que la instrucción
es la afirmación
de la ignorancia
porque destruye
la creatividad?

Plegaria del estudiante
Maturana Romesín, Humberto (Chile)

No puede formar seres reflexivos quien no es capaz de sentir el dolor del otro. Quien no es capaz de conocer y comprender su historia. Quien no reflexiona sobre el ayer y el hoy. Quien no se atreve a transformar su mundo. No puede ayudar a pensar, a reflexionar quien no piensa y reflexiona sobre su vida y la de los otros. No puede contagiar al otro el gusto por la lectura y la escritura, quien no lee ni escribe. Se trata de convicción, de compromiso, de decisión, de visión y pasión por el mundo y la vida, por el acto educador. Se trata de asumir la práctica pedagógica de un modo otro.

¿Qué importa
el número de páginas de un libro?
¿La extensión de los versos
de un poema?
¿Le contamos al mar sus olas,
a la rosa sus pétalos,
sus caminos al viento?
“Unas pocas palabras...
—así dijo el Maestro—
unas pocas palabras verdaderas.

Así dijo el maestro
Vieira, Maruja (Colombia)

La invitación entonces es —como educadores— a comprometernos cada día más. Exorcizar de la escuela los viejos esquemas y rituales mutiladores. Izar desde muy temprano la bandera de la alegría, de la emancipación, del respeto, de la tolerancia, de la reflexión, de la crítica, de la investigación, de la palabra viva, del trabajo, del diálogo verdadero.

2. Más que un cierre... una apertura

En el camino andando, apenas unos pequeños pasos (los primeros), fui asaltada por el asombro. ¿La razón? La magia siempre envolvente de una buena lectura. Sentir la escuela, vivir la escuela, pensar la escuela desde otros verbos. Desde otra mirada. Una mirada cargada de sonoridad, de belleza, de colores y olores que sólo se pueden encontrar en la literatura, en la buena literatura. En medio de la búsqueda, de la indagación, de la casualidad y el azar, me topé de frente con el arte —no exclusivamente literario— donde la escuela era el *leitmotiv*. Fueron apareciendo películas, tiras cómicas, caricaturas, pinturas, canciones, fotografías. Expresiones artísticas que se pueden abordar con detenimiento en futuros trabajos de investigación, para mirar y pensar la escuela desde otras ventanas. Expresiones artísticas diversas que sirven para complementar y para provocar, incluso, nuevas producciones artísticas nacidas de nuestras propias reflexiones o de experiencias escolares personales. Considero que vale la pena, por lo menos, el intento. Tal vez se asomen como ejercicios sin pretensiones algunas. Lo importante será siempre pintar la escuela, escribir la escuela, cantar la escuela, plasmar la escuela en una foto, dramatizar la escuela, partiendo de nuestro impulso creador. Expresiones artísticas siempre infinitas que pueden provocar la continuación de la búsqueda y el disfrute. Me confieso envuelta en este vicio encantador. Mi búsqueda continúa. Apertura comienza... ©

Autora:

María Esther Álvarez Márquez. Profesora de Universidad de Oriente (UDO), Núcleo de Sucre, adscrita al Dpto. de Currículo y Administración Educativa. Licenciada en Educación. Mención: Castellano y Literatura, UDO-Sucre (2003). Maestría en Educación Superior, UPEL-Maturín (2011). Diplomado en Literatura Infantil, UDO-Sucre (2010).

Bibliografía

- Álvarez Márquez, María Esther. (2011). *La escuela en la literatura de América latina y el Caribe* (Recopilación de Textos). Trabajo de Ascenso. Universidad de Oriente. Núcleo de Sucre. Estado Sucre – Venezuela.
- Antillano, Laura. (2008). *La vida secreta de abuela margarita*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Benedetti, Mario. (2004). *Memoria y Esperanza: Un mensaje a los jóvenes*. Bogotá - Colombia: Ediciones Alfaguara.
- Blanco, Andrés Eloy. (1997) *Antología Popular*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Bolívar, Simón. (1997). *Escritos fundamentales*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del Oprimido*. Montevideo - Uruguay: Editorial Tierra Nueva.
- Guaramato, Oscar. (1990). *Cuentos en tono menor*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Lomas, Carlos. (2002). *La vida en las aulas: memoria de la escuela en la literatura*. Barcelona, España: Ediciones Paidós.
- Maturana Romesín, Humberto. (2009). *El Sentido de la Humano*. Recuperado el 4 de noviembre del 2010 en <http://www.libroos.es>
- Montilla Santiago, Giondelys. (2006). *En mi cama juega un hada*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Nazoa, Aquiles. (1977). *Vida Privada de las Muñecas de Trapo*. Caracas - Venezuela: Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE).
- Neruda, Pablo. (1985). *¡Confieso que he vivido*. México D.F., México: Editorial Artemisa.
- Pacheco, José Emilio. (2001). *Las Batallas en el Desierto*. México D.F. – México: Tafalla-Navarra - Ediciones Era-Editorial Txalaparta.
- Pérez Esclarín, Antonio. (s/f). *Se llamaba Simón Rodríguez*. Caracas - Venezuela: Fe y Alegría – Estudios C.A.
- Prieto Figueroa, Luis Beltrán. (1976). *Los Maestros, Eunucos Políticos*. Valencia, Venezuela: Vadell Hermanos Editores.
- Pumares Puertas, Luis. (2005). Los mitos de la escuela. *Revista Complutense de Educación*, 16 (2) 455-469. Recuperado el 12 de abril del 2008 en <http://revistas.ucm.es>
- Reyes, Yolanda. (2008). *El terror de sexto “B”: y otras historias del colegio*. Caracas, Venezuela: Editorial Alfaguara.
- Savater, Fernando. (Febrero, 2006). Fabricar Humanidad. *Revista Prelac: Proyecto Regional de Educación para América Latina y el Caribe*, (2). Recuperado el 5 de mayo del 2009 en <http://unesdoc.unesco.org>.
- Turner Martí, Lidia & Pita Céspedes, Balbina. (2001). *Pedagogía de la Ternura*. Caracas, Venezuela: Asociación de Educadores de Latinoamérica y el Caribe (AELAC).
- Vargas Llosa, Mario. (1982). *Los Cachorros. Los Jefes*. Lima - Perú: Editorial Oveja Negra
- Velásquez, Consuelo Jasmín (2003). *Maestra, No Quiero Aprender la “P”*. Recuperado el 15 de octubre del 2009 en <http://www.aporrea.org>.
- Vieira, Maruja. (s.f.). *Todo el Amor Buscando mi Corazón*. (Antología Poética. Selección de: Garzón Céspedes y Martínez Gil). Recuperado el 19 de enero del 2011 en http://www.marujavieira.com/libros_pdf/todo_el_amor.pdf
- Zemelman, Hugo y Quintar, Estela. (Enero – Junio, 2005). Pedagogía de la Dignidad. *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, 27 (1). Recuperado el 10 de febrero del 2010 en <http://www.archivochile.com>